

LOS SEMBRADORES DE INQUIETUDES: MIGUEL DE UNAMUNO Y PIO BAROJA

La elección de este tema tiene su pequeña historia. En uno de sus ensayos, Baroja se ocupa del inglés Bayle e incorpora a este crítico, junto con el francés Montaigne, al grupo de cierta especie de literatos a quienes da el título de "sembradores de dudas"... Cuando murió Pío Baroja redactó un breve trabajo crítico, quizás más apologético que analítico, y al correr de la pluma, espontáneamente, saltó al punto el nombre de Unamuno (1). Pero no a manera de contraste, sino a modo de semejanza, siendo no obstante, como es sabido, tan divergentes, tan opuestas casi las ideas de uno y otro escritor. Esta suerte de identidad de los opuestos aparentes la señalé entonces muy de pasada, pues surgió sin previa meditación. A veces, uno mismo se sorprende de las intuiciones que surgen de su pluma, como si ésta fuese un demonio travieso que juega con quien la maneja. Así nació la necesidad de justificar, en algún otro momento, la razón de tal ocurrencia repentina. Pues todo escritor cultiva —vanidades del oficio— la creencia de que es leído y además la de que sus presuntos lectores le piden cuentas de sus ocurrencias cuando éstas aparecen sin mayores certificaciones, asumiendo el carácter de una inconsistente arbitrariedad. En cierto sentido, quien escribe para el público está entablando un diálogo con un fantasmal oyente mudo cuya ideal pre-

(1) "El Litoral", Santa Fe, Diciembre 1 de 1956.

sencia le formula preguntas excitantes o réplicas maliciosas que obligan a pensar, a polemizar, a ahondar. Así, esta presencia imaginaria es fecunda, estimulante, como la vanidad misma de suponerla real. Y para responder a tal supuesta inquisición se me ocurrió la hechura de este trabajo para el cual hube de efectuar nuevas consultas bibliográficas.

Por de pronto, advertí de entrada no más que aquella ocurrencia de convertir en sujetos semejantes a Unamuno y a Baroja no era original, ni arbitraria. Ya había sido señalada, si no en el sentido exacto que yo le daba, con cierto parecido. En efecto, acabo de leer una obra de Laín Entralgo titulada "La generación del noventa y ocho", aparecida hace años, cuyo autor se propone "describir el parecido generacional de los escritores (españoles) que integran el grupo del noventa y ocho". En este grupo aparecen Unamuno, Azorín, Baroja, Antonio Machado, Valle Inclán, Ganivet, Maetzu y Benavente; no aparece en la nómina Zamacois, injustamente omitido. En esta obra he dado con no pocas sugerencias y referencias que abonarán la razón de ser de este artículo enfocado desde un punto de vista más limitado, más fragmentario, ceñido a otra finalidad menos ambiciosa. La única semejanza a que voy a referirme está consignada en el título de esta digresión: "sembradores de inquietudes". Sólo que para la misma cosecha, ambos escritores, Unamuno y Baroja, arrojan sobre el surco humano distintas semillas, siembra conceptual o emotiva, que viene de raíces diversas, pero que paradójicamente van a producir el mismo fruto, un fruto acre y doliente, el fruto de la inquietud mental, como le place decir a Baroja, el fruto de la inquietud espiritual, como diría Unamuno. Y en esta diferencia de vocabulario hay algo más que un mero capricho de lenguaje. Hay entre uno y otro término una cierta distancia que vamos a recorrer de inmediato. Se me ocurre que son como líneas paralelas que llevan el mismo sentido, pero que como paralelas no se encuentran, aunque van a parar a la misma zona de arriba. Esta zona ideal es, en ambos escritores, la conciencia de los españoles, y por

extensión toda conciencia humana, a la que ven aletargada, sumida en un triste marasmo; a la que conviene despertar a la vida, a la acción o al ensueño. Pero lo interesante del caso es que esta pareja actitud quijotesca de Unamuno y Baroja echa a andar por distintos caminos, habla un diverso lenguaje, implica una notable discrepancia. Digámoslo de una vez: Unamuno es el hombre de la fe; Baroja el hombre de la razón; Unamuno es una conciencia religiosa, Baroja un espíritu científico; en Unamuno se agita el fervor de la pasión, en Baroja discurre la aparente frialdad del análisis crítico.

Para huir de una excesiva vaguedad y de insidiosas generalizaciones, vamos a tomar como puntos de referencia algunas páginas de Unamuno y de Baroja que sirven directamente a nuestro propósito; páginas de ensayos; más abundantes en Unamuno, pues Baroja, aunque alternó la novela con la digresión crítica, dedicó su más copiosa producción al género narrativo. Tomemos como punto de partida, para Unamuno, los tres tomos de ensayos juveniles cuyas ideas y sentimientos habrá de afirmar, luego, con más vasta y honda resonancia, en las obras de su madurez. Releamos las páginas tituladas "Mi religión", "La Ideocracia", "Fe y Vida", etc. ¿Qué nos dice en ellas Unamuno? En el breve ensayo "Mi religión", el maestro responde a un amigo chileno a quien otro amigo le formulara esta pregunta: —"¿Y bien, en resumidas cuentas, cuál es la religión de este señor Unamuno?". Y el señor Unamuno contesta: "Tanto los individuos como los pueblos de espíritu perezoso —y cabe pereza espiritual con muy fecundas actividades de orden económico y de otros órdenes análogos— propenden al dogmatismo, sépanlo o no lo sepan, quieranlo o no, proponiéndose o sin proponerlo. La pereza espiritual huye de la posición crítica o escéptica. Escéptica, digo, pero tomando la voz escepticismo en un sentido etimológico y filosófico, porque escéptico no quiere decir el que duda, sino el que investiga o rebusca, por oposición al que afirma y cree haber hallado"... "Mi religión —agre-

ga— es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad aún a sabiendas de que no he de encontrarlas mientras viva; mi religión es luchar incesante e incansablemente con el misterio”. Unamuno sospecha que quienes le formularon aquella pregunta “quieren que les dé un dogma, una solución en que pueda descansar el espíritu en su pereza”. Y el maestro les responde: “Yo no quiero dejarme encasillar, porque yo, Miguel de Unamuno, como cualquier hombre que aspira a conciencia plena, soy especie única. No hay enfermedades sino enfermos, suelen decir algunos médicos, y yo digo que no hay opiniones sino opinantes”... Hay en estas afirmaciones un visible fermento individualista. Cosa que no ha de sorprendernos en quien afirma, categóricamente, en otra parte, que “el individuo es el fin del Universo”. Esta palabra individuo, Unamuno suele reemplazarla por la palabra hombre, mucho más henchida de sentido humano porque mucho más alejada de esa suerte de abstracción estadística, indeterminada, que sugiere el término individuo. “Y lo más de mi labor —insiste— ha sido siempre inquietar a mis prójimos, removerles el poso del corazón, angustiarlos si puedo... Mi empeño ha sido es y será que los que me lean piensen y mediten en las cosas fundamentales, y no ha sido nunca el de darles pensamientos hechos. Yo he buscado siempre agitar y a lo sumo sugerir más que instruir... Es obra de misericordia suprema despertar al dormido y sacudir al parado; y es obra de suprema piedad religiosa buscar la verdad en todo y descubrir donde quiera el dolo, la necedad y la inepecia”.

En esta confesión que acabo de repetir, fragmentariamente por cierto, se nos explica todo un programa de vida, de acción, de filosofía o de ética; Unamuno prefiere decir religión. Pero no de esta o aquella religión organizada, sino de su religión. Porque él no quiere aceptar, y mucho menos imponer, dogmas; además, no es sujeto gregario, sino individualista o personalista; y finalmente hace profesión de inquietador de conciencias. Pero téngase en cuenta que en esta

tarea lo que se propone es remover el peso del corazón, angustiar al prójimo. Sócrates hacía algo parecido, sólo que al griego le interesaba más la inteligencia que el corazón, era más intelectual, más filósofo sofista que religioso y cordial. Unamuno no es un razonador, es hombre de pasión y de agonia; no es un racionalista. Al respecto, dice Laín Entralgo que “por su propia espontaneidad, por la sugestión de los místicos y de los escritores que él llamaba cardíacos (Pascal, Senancour, Ibsen, Nietzsche, Leopardi, Kierkegaard, sobre todo éste) y por reacción contra el cientificismo de la razón matemática y la lógica positiva (esa reacción era el movimiento espiritual, la “moda” de entonces), profesó Unamuno de por vida lo que, a reserva de ulteriores precisiones, bien podría llamarse un “irracionalismo espiritualista”. Y como es natural, un irracionalista tenía que manifestar su desdén por las ideas. En un breve ensayo titulado “La ideocracia”, Unamuno le dice a su amigo amigo de Maetzu que “de las tiranías todas, la más odiosa me es la de las ideas; no hay *cracia* que aborrezca más que la ideocracia, que trae consigo, cual obligada secuela, la ideofobia, la persecución, en nombre de unas ideas, de otras tan ideas, es decir, tan respetables o tan irrespetables como aquéllas. Aborrezco toda etiqueta, pero si alguna me habría de ser más llevadera es la de *ideoclasta*, rompe ideas... ¿Que las ideas rigen al mundo? Apenas creo en más idea propulsora del progreso que en la idea-hombre, porque también es *idea*, esto es, apariencia y forma cada hombre, pero idea viva, encarnada, apariencia que goza y vive y sufre, y que, por fin, se desvanece con la muerte. Yo, en cuanto hombre, soy idea más profunda que cuantas en mi cerebro alojo, y si lograrse darles mi tonalidad propia, eso saldrían ganando de su paso por mi espíritu”. Unamuno, individualista insobornable, entiende que el hombre posee ideas, pero rechaza la posibilidad de que las ideas posean al hombre, que éste se someta a los fantasmas ideales que él se forja. En virtud de esta radical afirmación de su yo, de su personalidad soberana e intransferible, afirma: “Vi-

vir todas las ideas (obsérvese que dice vivir, no pensar) para con ellas enriquecerme yo en cuanto idea, es a lo que aspiro. Luego que les saco el jugo, arrojado de la boca la pulpa; las estrujo, ¡y fuera con ellas! Quiero ser su dueño, no su esclavo. Porque esclavos les son esos hombres de arraigadas convicciones, sin sentido del matiz ni del nimbo que envuelve y aúna a los contrarios; esclavos son los sectarios, los ideócratas todos”.

Cuando Unamuno escribió este ensayo —allá por el año 1900— estaba muy lejos de sospechar lo que habían de ver sus ojos algunos decenios después.

La fuerte reacción anti individualista que arremete con el presunto advenimiento de las masas y engendra las estructuras dictatoriales de la sociedad, con sus férreas disciplinas mentales y de las otras, implican el triunfo agresivo de lo que Unamuno llamaba *ideocracias*, las dictaduras doctrinarias que se auto denominan populares. Lejos estaba Unamuno de sospechar, entonces, esta nueva experiencia de la historia que él alcanzó a sufrir en parte. Fue profeta al estampar en su ensayo esta exclamación: “¡Libertad! ¡Libertad! Y donde la ideocracia impere, jamás habrá verdadera libertad, sino libertad ante la ley, que es la idea entronizada, la misma para todos”... Podría suponerse que este ataque contra el imperio de las ideas implica una negación de la humana facultad de pensar. Pero no es así; en “La agonía del cristianismo”, publicada en Francia durante el año 1924, Unamuno nos habla de los “Pensamientos de Pascal”, y dice: “La idea es algo sólido, fijo; el pensamiento es algo fluido, cambiante, libre. Un pensamiento se hace otro, una idea choca con otra. Podría decirse acaso que un pensamiento es una idea en acción, o una acción en idea; una idea es un dogma. Los hombres de ideas, tenidos por ellas, rara vez piensan. Los Pensamientos de Pascal forman una obra polémica y agónica.” Estas páginas de 1924 subrayan las de 1900 y las aclaran por si fuere necesario. Lo que repugna a Unamuno es todo lo que importe dogmatismo, tiranía, intolerancia, inhumanidad de ciertas ideas domi-

nantes; lo que quiere es contradicción y agonía; por eso apetece vida más que verdad, o sea: fe más que razón, porque para él la verdad está en la vida y la razón en la fe. El dogma es la quietud, espontánea o impuesta lo mismo da; es el monólogo o el reposo del silencio, la anestesia espiritual. Y lo que quiere Unamuno es que haya diálogo, contradicción, inquietud. Que por algo nos ha dicho que su profesión es la de inquietador. Pero, se nos dirá, ¿la fe no desemboca también en el dogma y en la intolerancia? ¿El metafísico fuego de la fe no se convirtió en el positivo fuego de las hogueras? ¿Acaso han sido más amables las teocracias de antaño que las ideocracias de hogaño? Unamuno responde a estas preguntas sin habérselas formulado así, tan categóricamente. La respuesta surge implícita de un breve ensayo, "La fe", también escrito en el año 1900. Este escrito comienza con una pregunta y una respuesta: —¿Qué cosa es fe? —Crear lo que no vimos— ¿Crear lo que no vimos? ¡Crear lo que no vimos, no!, sino crear lo que no vemos. Crear lo que no vemos sí, crearlo y vivirlo, y consumirlo, y volverlo a crear y consumirlo de nuevo viviéndolo otra vez, para otra vez crearlo... y así, en incesante tormento vital. Esto es fe viva, porque la vida es continua creación y consunción continua, y, por lo tanto, muerte incesante. ¿Crees, acaso, que vivirías si a cada momento no murieses?" Como se ve, esta es una fe inquieta e inquietante. "Fe religiosa más que teologal, fe pura, y libre todavía de dogmas", agrega Unamuno. Y aún más adelante: "La juvenil *pistis* fue siendo sustituida por la *gnosis*, el conocimiento, la creencia, y no propiamente la fe; la doctrina y no la esperanza". De estas premisas surge que "la fe cristiana consiste en que en el Cristo del Evangelio, y no en el de la teología, se nos presente y nos lleve a sí el Dios vivo, cordial, *irracional*, o si queréis sobre racional o intraracional, el Dios del imperativo religión, no el Sumo Concepto abstracto construido por los teólogos; ...Dios en nuestros espíritus es Espíritu y no Idea, amor y no dogma, vida y no lógica". No pierde oportunidad Unamuno para arremeter contra el dog-

ma; no contra este o aquel dogma, sino contra cualquier dogma. Es que la verdad dogmática, presuma de religiosa, política o estética, es verdad conclusa, hermética, sin aberturas hacia su crecimiento posible o su renovación; es verdad petrificada, muerta. El éxito del dogma está en la obediencia, en la quietud impuesta por el principio de autoridad; en el dogma se aletarga el pensamiento, satisfecho en la verdad indiscutida e indiscutible. Eugenio D'Ors pedía, socráticamente, un margen de ironía para cada verdad, sin duda para que ésta pudiese vivir y no ahogarse en su angostura. Ironía es incitación a la inquietud; pero Unamuno no era un razonador socrático, era un religioso agónico. Mas, evidentemente, lo que para un razonador es ironía, para este irracionalista es agonía. Pero tanto la actitud irónica como la agónica nacen de la misma raíz, la del inconformismo. En esta atmósfera moral e intelectual, agita sus alas la libre inquietud, gozándose su libertad y su incertidumbre. ¿Goce de la incertidumbre? Sí, como se goza la vida a sabiendas que no es siempre placentera.

Pío Baroja es coetáneo de Unamuno; ha respirado la misma atmósfera histórica y ha bebido en las fuentes culturales de aquel momento europeo. También él es individualista y no oculta su admiración por Federico Nietzsche, filósofo en boga. Pero no cultiva sentimientos religiosos. Su formación espiritual es otra. Como médico que es, le place cultivar una actitud científica, más bien racionalista. Siente un hondo desdén por la religión, y no digamos por las iglesias. Es radicalmente tan disconforme como Unamuno, pero son otros los motivos ideales y las razones prácticas que inspiran su rebeldía. Es un escéptico; no a la manera unamuniana, sino a la manera griega racionalista. No es un hombre de fe, sino de duda. Entre uno y otro inquietador las discrepancias abundan tanto como las semejanzas. Es la otra línea paralela. O mejor aún: los dos constituyen el anverso y el reverso de la misma medalla que tiene estampada la imagen de la inquietud con símbolos diversos.

“Ciencia, precisión, técnica, eso es lo único grande en el

mundo: es lo que ha creado toda la civilización moderna”, afirma Baroja. Y agrega: “Crear el laboratorio, crear la técnica, sería formar el sabio. Formado el sabio habría que darle una jerarquía, la jerarquía máxima en la sociedad. Necesitamos una jerarquía de capacidades: las jerarquías tradicionales ya no nos sirven”. En otra parte insiste: “En España no hemos tenido una filosofía revolucionaria porque no hemos tenido ciencia. En España, la labor más revolucionaria, más útil para la emancipación del pensamiento, es la labor de crítica. Hay que producir en cada español, una intranquilidad, un instinto de examen, un anhelo aunque sea inconcreto, de algo mejor”. Lo que equivale a decir: provocar inquietud; el resorte intelectual y práctico de esta inquietud es la ciencia. Baroja se proclama antidogmático y escéptico. Cree en la virtud de la ciencia, pero hasta cierto punto. En “Juventud y egolatría” dice: “Sin embargo, nos decimos materialistas. Sí. No porque creamos que la materia exista tal como la vemos, sino porque es la manera de negar las estúpidas fantasías, los misterios que empiezan con mucho recato y acaban por sacarnos el dinero del bolsillo... El materialismo es más que un sistema filosófico: es un procedimiento científico que no acepta fantasías ni caprichos”. Así, mientras Unamuno afirma que quiere luchar con el misterio, Baroja lo niega en forma resuelta. Y como si replicase directamente al irracionalismo unamuniano, Baroja exclama: “Podrá la fe haber llenado de glorias a España, podrán la razón y la lógica haberla llenado de ruinas. No importa. La razón debe estar por encima de todo. La lógica debe triunfar y triunfará”. Pero no hay peligro que este amante de la razón, de la lógica y de la ciencia caiga por la pendiente racionalista hacia las simas dogmáticas. No se le ocurre a Baroja, como se le ocurriera a Comte, inventar una religión de la ciencia. Al contrario, Baroja dice de sí mismo que posee *dogmatofagia*: “A mí, cuando me preguntan qué ideas religiosas tengo, digo que soy agnóstico —me gusta ser un poco pedante con los filisteos—; ahora voy a añadir que, además, soy dogmatófago. Mi primer

movimiento en presencia de un dogma, sea religioso, político o moral, es ver la manera de masticarlo y digerirlo. El peligro de este apetito desordenado de dogma es gastar demasiado jugo gástrico y quedarse dispéptico para toda la vida. En esto mi inclinación es más grande que mi prudencia. Tengo una dogmatofagia incurable". A tal punto ha llevado Baroja su repugnancia por los dogmas que desdén también los dogmas de los antidogmáticos. Así, en un breve artículo sobre los Enciclopedistas franceses, creadores de la Diosa Razón, comenta: "Un periodista francés, que este verano solía venir a mi casa, me decía: "En la Revolución Francesa son grandes las ideas y no los hombres". Yo le contestaba: "Para mí, en la Revolución Francesa son grandes los hombres, no las ideas". Y de la lista de los ideólogos a quienes Baroja rechaza, sólo se salva Voltaire, "el del Diccionario y de las novelas". Claro, se salva el más escéptico, el menos dogmático de aquellos doctrinarios. Como Unamuno, Baroja admira a los hombres que poseen a las ideas y no a las ideas que poseen a los hombres. Esta exaltación del hombre les viene a los dos de su entrañable individualismo. En España, dice Baroja, "el individuo y sólo el individuo fue todo". Cree que el individualismo es propio del genio de la raza española. En su Discurso de ingreso en la Academia, Baroja exclama: "¡Qué hombres ha tenido España en el dominio de la acción! Loyola, San Francisco Javier, Hernán Cortés, Pizarro, Vasco Núñez de Balboa, El Empeinado, Zumalacárregui. ¡Qué tipos de piedra y acero!"... Los admira, entre otros motivos, porque estos españoles heroicos, atendían "más al ímpetu que al éxito, y más al merecimiento que a la fortuna" ¿Es, acaso, muy distinta la razón que mueve a Unamuno en su exaltación de Don Quijote? Claro que hay entre Unamuno y Baroja una notable diferencia con respecto a la índole de los héroes que exaltan; a Baroja le interesan los hombres de acción, los caracteres viriles, los temperamentos desafiantes, preceidiendo de sus ideas o sentimientos; a Unamuno, no; a este enemigo de la ideocracia le interesan los hombres-idea, es-

pecialmente los místicos. Podría sospecharse que a Baroja le emociona la presencia de los caracteres fuertes en cualquier dirección que éstos se manifiesten, que le seduce la acción por la acción misma, y que tanto le da un condottiero mercenario que un héroe idealista, un bandido que un santo. ¿Carece de sentido ético el quijotismo barojiano? ¿El anhelo de inquietud se consume en sí mismo como un fuego fatuo? Cuando Baroja se aleja de la ficción novelesca y discurre en sus ensayos como hombre, sus ideas no dejan lugar dudas al respecto. Así, este amante de la ciencia, pero al mismo tiempo escéptico, sin llegar, desde luego, al desdén unamuniano, coincide con éste en su rechazo hacia cierta especie de cientificismo. En el ensayo "Los frutos de la cultura", Baroja advierte: "Las teorías biológicas, físico-químicas, la astronomía, se apartan de tal modo de lo próximo al hombre que de ellas no se puede sacar nada utilizable para mitigar nuestros apuros y nuestras dificultades. El hombre no interesa a la ciencia... La ciencia no puede contestar a las preguntas que más le apasionan al ser humano y al oírlas se encoge de hombros.

—¿Pero hay o no hay una vida ultraterrena? — le preguntarán al científico.

—Es un problema grave, pero no es un problema puesto en condiciones de estudio —dirá el sabio— Nosotros no tenemos más medios que los demás de aclarar ese punto.

—¿Pero existe el alma o no existe?

—Tampoco se puede contestar a esto de una manera estrictamente científica.

En cambio de la pobreza en esas cuestiones viejas y no resueltas, el hombre de ciencia hablará de una manera asombrosa de la constitución de la materia, de la destrucción de los átomos; de la formación de una estrella, de su peso, de su órbita, de su velocidad... Evidentemente, la ciencia maravilla. No conforta, no abriga, puede tener frutos amargos y desabridos, pero deja absorto y seducido...

En un comienzo la ciencia tuvo una dirección más humana; luego, probablemente, se desvió de ella, quizás por la

influencia exclusiva de la especialidad y del especialista... La cultura y la civilización no están hechas sólo a base de ciencia, sino también de moral, de política, de riqueza, de industria, de comunicaciones, de medios comerciales, de literatura y de arte”.

Baroja ama a la ciencia, pero más ama a la verdad, parodiando aquello de Sócrates: “amo a Platón, pero más amo a la verdad que a Platón mismo”. Enjuicia a la ciencia por sus limitaciones, por su amoralidad, por su falta de sentido humanista; Unamuno diría por su irreligiosidad. Pero estas deficiencias no las ignoran todos los científicos, pues existe hoy lo que Juan Cuatrecasas llama “un humanismo científico”. En rigor, Baroja no desdeña a la ciencia, la quiere integrada, humanizada. Su pensamiento íntimo es dubitativo, como corresponde a un escéptico, en este orden de cosas. Pues mientras por una parte dice: “Si los hombres podrán llegar a comprender que todas las utopías religiosas y sociales han sido hasta ahora inútiles para mejorar a la humanidad, y que probablemente lo seguirán siendo, es difícil saberlo. Por ahora, al menos, nos han conducido a una enervada sin salida, a un estado donde el mundo es tan duro y tan sombrío como en los tiempos más remotos”, por otra parte reflexiona: “Todas las aplicaciones de la ciencia no son beneficiosas —dice Broglie en “Materia y Luz”— y no es cierto que su desarrollo deba asegurar el progreso real de la humanidad, porque este progreso depende mucho más sin duda de la elevación espiritual y moral del hombre que de las condiciones materiales de la vida”.

Como se ve, el materialista Baroja no es tan materialista.

No puedo precisar ahora dónde, pero recuerdo haber leído en algún trabajo de Ortega y Gasset que cuando estamos dibujando la imagen literaria, quizás novelesca, de algún personaje, involuntariamente podemos trazar las líneas de un

auto retrato; quería significar, creo yo, que por más objetivo que uno quiera ser, hasta como historiador, no se puede renunciar a nuestra subjetividad; el yo trasciende y aparece en escena transfigurado, cuando menos se lo piensa. Así, nada me parece más significativo para reconocer la intimidad de Baroja, su propia confesión, que seguirlo cuando nos habla del crítico inglés Bayle en un ensayo que titula "Sembradores de dudas". ¿Por qué Baroja admira al autor del Diccionario histórico-crítico? Oigamos lo que nos dice Baroja: "Lo característico suyo era la tolerancia. Tenía horror por todos los fanatismos. Creía que todo es posible, que nadie es seguro, en lo que me parece que estaba en lo cierto. . . Era hombre de gran probidad intelectual, sin lugares comunes, sin dogmas, sin prejuicios. . . Bayle no creía que hubiese ninguna idea que mereciera que se sostenga con sangre. Para él el respeto a la conciencia individual debía ser sagrado. La sangre, la vida de las personas, le parecían más importantes que las afirmaciones dogmáticas. . . Esta actitud relativista y agnóstica ha sido de gente civilizada; la tenían los antiguos filósofos griegos y romanos y naufragó en Europa con la entrada del semitismo en forma cristiana y en nuestro tiempo está hundiéndose también con el semitismo en forma comunista. Bayle tenía un gran amor por la verdad. . . Bayle era un espíritu de crítica y de contradicción". . . Evidentemente, Baroja está viendo en Bayle algo de su propia imagen espiritual.

Crítica, contradicción, antidogmatismo, inquietud permanente, lucha contra el marasmo espiritual, contra la pereza mental, sentimiento dramático de la vida, pasión agónica, ironía racional, afirmación de lo individual humano, exaltación de la personalidad, estas son las líneas paralelas ideales y sentimentales que tendidas sobre planos distintos recorren al mismo tiempo los dos sembradores de inquietudes: Unamuno y Baroja.

En el "Oberman" de Senancour, alguien pregunta: "—¿Quién eres tú? — a lo que se responde: —¡Para el Universo, nada; para mí, todo! Los sembradores de inquietudes

quieren que el hombre se sienta dueño de sí mismo, que no renuncie a su personalidad, que se afirme en su libertad responsable, que entre la sumisión tranquila y la independencia insegura, opte por los riesgos inquietantes de ésta, para que viva en la lucha y no duerma en la pereza, para que esté parado, vigilante, y no yacente amortajado por el sueño.

LUIS DI FILIPPO
Tucumán 3216, Mar del Plata